



El enviado especial de Hanoi, Le-Duc-Tho, a su llegada a Orly, es cumplimentado por la señora Nguyen Thi Binh, jefe de la Delegación del Gobierno Provisional Revolucionario (izquierda), y Xuan Thuy, jefe de la Delegación Norvietnamita (centro).

Y está, como factor esencial, no sólo la posición personal del Presidente Nixon a seis meses de las elecciones presidenciales, sino la de todo el partido republicano. Un error grave —¿y qué decisión no es un error en estos momentos?— podría hacer perder la Presidencia a Nixon, y su control del país y en cierta forma del mundo al poderoso grupo republicano. Se ha dicho también que una de las decisiones que Nixon habría tomado este fin de semana —decisiones que debería aprobar el Consejo Nacional de Seguridad— sería la de repetir la aventura de Johnson: renunciar deliberadamente y explícitamente a su reelección y conducir la guerra del Vietnam libre de esas trabas electorales. Los dos personajes son muy distintos y en situaciones distintas: Johnson estaba viejo, cansado y gastado, carecía ya de ambiciones políticas, estaba desahuciado por su partido, Nixon, en cambio, está lleno de ambiciones, y las tenía al alcance de la mano hasta que comenzó la ofensiva de Vietnam. Su única posibilidad sería la de arriesgarlo todo: ganar la guerra por todos los medios posibles antes de las elecciones —y, por lo tanto, ganar las elecciones y asentar un poder republicano durante una larga época— o perderla y arruinar a su partido con él. La otra opción sería la de una negociación abierta, una reanudación, dieciocho años después, de las negociaciones de Ginebra, en el mismo punto de partida en que se interrumpieron los acuerdos: un alto el fuego general, un período de pacificación con un Gobierno provisional unitario y unas elecciones generales. Pero aún quedaría vivo el problema de Camboya, donde las fuerzas revolucionarias avanzan cada día, y el de Laos, donde se combate cada vez con más fuerza.

No parece posible, hoy, que haya más salidas a la situación que una negociación franca y abierta. En la línea de la negociación no pueden admitirse, evidentemente, los ocho puntos, redactados en forma de preguntas, que el embajador Porter ha planteado en París a sus interlocutores vietnamitas, preguntas que falsean totalmente el problema. ¿Están ustedes dispuestos —era la primera de esas preguntas— a discutir las medidas necesarias para la desescalada mutua del conflicto y, específicamente, discutirían ustedes las medidas necesarias para poner fin a la invasión que están realizando y retirar sus tropas al Vietnam del Norte?». Mientras el tipo de óptica que comporta esta pregunta no desaparezca, no será fácil abordar una negociación. Está claro que para Vietnam del Norte no hay ninguna invasión, sino una guerra civil, y que Vietnam del Norte y Vietnam del Sur no son dos países distintos, sino uno solo. «Vietnam es uno —decía el primer ministro de la República Democrática, Fan-Van-Dong, en unas recientes declaraciones a un periódico francés, "La Dépêche du Midi", de Toulouse—; la nación vietnamita es una e indivisible. La división artificial de nuestra patria se ha realizado por la agresión de los imperialistas americanos, que han saboteado la reunificación del Vietnam prevista por los acuerdos de Ginebra de 1954 y que se obstinan desesperadamente en imponer por la fuerza su dominio neocolonialista en el Sur». Entre la diferencia de estas dos ópticas está esta cuestión.

La batalla de Hué, los acuerdos posibles del Consejo de Seguridad en los Estados Unidos como respuesta a esa batalla y a su resultado previsto son etapas trascendentales en la larga guerra del Vietnam, pero quizá no sean tan decisivas como se está diciendo en estos momentos. La guerra continuaría en cualquier caso. Que la haya perdido ya Salgón es un hecho conocido desde hace tiempo: la vietnamización ya no existe, se ha perdido. El problema está ahora entre Estados Unidos y Vietnam, y sólo una negociación coherente puede terminarlo.

# SECRETO Y UNIDAD

Ramón Serrano Súñer fue a los funerales de San Ginés por el alma de Benito Mussolini y se encontró casi solo. ¿Dónde estaban los mussolinianos de antaño? Lo cuenta en un artículo en «ABC». «Ni viejos, ni nuevos, ni auténticos, ni pastichistas». ¿Por qué? «Es que las virtudes más ciertas e indiscutibles del Duce no son ahora de reconocimiento conveniente —oportuno— por parte de los ausentes». Personalmente debo decir que Mussolini me pareció siempre una figura horrorosa y que estoy muy poco dispuesto a encontrarle alguna virtud; y aún añadiría que la política del señor Serrano Súñer me causaba, en su tiempo, una considerable inquietud. Pero en este momento siento admiración por Serrano Súñer: es un hombre de lealtades en una época en que nadie quiere ser leal. ¡Es leal a sí mismo! Un solitario en tiempo de tráfufugas, un ético en tiempo de listillos. Un coherente, un consecuente en tiempo de incoherencias y de inconsecuencias. Sitúo a Serrano Súñer, ahora, junto a otros grandes éticos: los que cambiaron de opción y de opinión con riesgo para sí mismos y tuvieron también la lealtad de seguir su camino tras una reflexión, una crítica. Lo que se suele llamar «una toma de conciencia».

Encuentro, otra vez en la semana, el nombre de Serrano Súñer al pie de una carta. Pero es Serrano Súñer Polo, el hijo del viejo mussoliniano consecuente. Es una carta circular, y la firma como secretario interino del Colegio de Abogados de Madrid. Se dice dispuesta a acoger las peticiones «fundamentadas» de los colegiados, excepto aquellas que fueron previamente publicadas por «los órganos de difusión», a las cuales atribuye el deseo de sembrar la desunión (1). Singular excepción. Para afirmación. ¿En razón de qué ha de exceptuarse lo que haya sido publicado en la prensa, en las revistas? ¿Qué concepto tienen los autores de la carta de lo que son los medios de difusión, la prensa, la opinión pública?

Aparecen en estas expresiones dos viejos mitos inquietantes: el de la vida secreta de las corporaciones y las instituciones y el de la unidad como valor absoluto. En casi todos los países —España, entre ellos— hay leyes, disposiciones o decretos que amparan los secretos oficiales. Pero la misma idea de secreto oficial está, claramente, limitada. El Tribunal Supremo de los Estados Unidos dio la razón al «New York Times» y al periodista Jack Anderson por la publicación de los llamados «Papeles McNamara», documentos que se referían a la guerra de Vietnam. Ahora se acaba de coger el Premio Pulitzer al libro que los reproduce. El secreto de Estado, el

secreto oficial, el embargo de noticias o de opiniones que comprometan la seguridad nacional es, mientras el mundo sea lo que es, aceptable en líneas generales, aunque debiera poder ser discutido en casos particulares con la honestidad y la objetividad con que lo hizo el Supremo en el caso de los documentos del Pentágono. Pero lo que difícilmente puede aceptarse es que instituciones de carácter público, profesional, gremial o de otra índole busquen la oscuridad y el secreto para sus discusiones. Menos aún que, por el hecho de haber sido publicadas, algunas propuestas se invaliden o se excluyan. El señor Del Valle Iturrriaga, decano del Colegio, solidario de la carta del señor Serrano Súñer Polo, ha dado una conferencia de prensa que los medios de difusión han recogido —como es lógico— ampliamente. El señor Del Valle Iturrriaga muestra así que reconoce el valor de la prensa. Sería insolito que reconociese ese valor sólo para sí mismo y no para los que hacen figura de oposición a su Junta de Gobierno. ¿O es que las intenciones que muestra en esas declaraciones el señor Del Valle Iturrriaga serán, a tenor de la circular, excluidas «de plano»?

El otro mito presente es el de la unidad. La unidad en las grandes agrupaciones, incluso en las que tienen entidad nacional, es una fuerza básica, fundamental; muchas veces para definirla hay que acudir a sus elementos primigenios. Por ejemplo, todos los abogados han estudiado Derecho y han terminado su carrera; todos los abogados se ponen el servicio de la Justicia y consideran la idea de Justicia como superior. Todos los abogados se ajustan a unos procedimientos, respetan unas leyes establecidas. Todos están unidos en esas ideas básicas —y algunas más— y, dentro de ellas, son iguales todos los abogados. Todos los abogados son iguales, pero hay algunos más iguales que otros... La unidad, trátese de abogados o de periodistas o de cualquier otra entidad, es una función básica, pero nunca debe ser una función instrumental. El mito de la unidad parece consistir en que todos estén unidos con. El que disiente, rompe la unidad. Y el que rompe el secreto, rompe la unidad. Y el que rompe la unidad y el secreto debe estar excluido...

Viejos vicios... Vicios, diríamos, mussolinianos. Son resabios de otros tiempos que, ya se está viendo, no son éstos. Es triste que la iglesia de San Ginés estuviese vacía a la hora de los funerales por Mussolini; es una deslealtad y es admirable la presencia de los que aún le recuerdan y le albergan en su buena memoria. Pero es triste también que algunos de los vicios totalitarios que Mussolini contribuyó a expandir. («Dentro de veinte años el mundo será fascista o estará fascitizado», decía Mussolini antes de la guerra: ¡qué razón tenía!) aparezcan aún, se acuda aún a ellos. ■ POZUELO.

(1) ... Solamente atenderá las peticiones fundamentadas (...), rechazando de pleno las que previamente se hayan facilitado a los órganos de difusión con evidente intención de desconcierto y desunión». Carta circular de la Secretaría del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid, 19 de abril de 1972.